

Territorios 23 / Bogotá, 2010, pp. 123-142
ISSN: 0123-8418
ISSNe: 2215-7484

METROPOLIZACIÓN, CIUDAD Y REGIÓN

¿De ciudad abierta a ciudad cerrada? Configuraciones socio-espaciales en el barrio El Poblado, Medellín*

*From open city to closed city? Socio-spatial
configurations in the neighborhood of
'El Poblado', Medellín*

*De cidade aberta a cidade fechada? Configurações
socio-espaciais no bairro 'El Poblado', Medellín*

Paula Sanín Naranjo**

Recibido: 17 de diciembre de 2009

Aprobado: 2 de marzo de 2010

Para citar este artículo

Sanín, P. (2010). ¿De ciudad abierta a ciudad cerrada? Configuraciones socio-espaciales en el barrio El Poblado, Medellín. *Territorios 23*, pp. 123-142.

sección temática

* Este escrito se deriva de la monografía de grado entregada en el año 2007 para optar por el título de Antropología de la Universidad de Antioquia. El trabajo de campo se realizó entre los años 2004-2005.

** Antropóloga de la Universidad de Antioquia. Correo electrónico: psanin@gmail.com.

Palabras clave
Medellín, El Poblado, distancias espaciales, segregación, unidad cerrada.

Key words
Medellín, El Poblado, spatial distances, segregation, housing development.

Palavras chave
Medellín, El Poblado, distancias espaciais, segregação, unidade fechada.

territorias 23

124

RESUMEN

El objetivo de este artículo es aportar a la discusión académica sobre la reconfiguración de fronteras y distancias espaciales en la ciudad de Medellín y sus implicaciones en el orden social de la ciudad, a partir del estudio realizado en el sector de El Poblado. Se acerca, por un lado, al discurso de las personas de clase media alta y alta que allí habitan, para entender la construcción simbólica del espacio urbano y las imágenes de ciudad que se están conformando actualmente desde este sector. Por otro lado, examina el impacto de la publicidad de los proyectos urbanísticos y la idea de “ciudad” implícita que estos manejan, la cual promueve unas relaciones particulares entre los habitantes de esta zona con otros lugares de la ciudad, pues pone en juego los diferentes estilos de vida y las relaciones sociales. Finalmente, busca entender cómo la idea y el desarrollo de El Poblado como una nueva centralidad –o centralidad alterna– y de la unidad cerrada como tipo prevaeciente de vivienda potencian y codifican sentidos de la distinción social que llevan a la segregación espacial de aquellos considerados “otros”, externos al entorno.

ABSTRACT

The purpose of this article is to contribute to the academic discussion about the reconfiguration of the borders and spatial distances in Medellín and its effects in the city’s social order, based on the study carried out in the area of El Poblado. On the one hand, we will approach to middle and high-class inhabitants’ discourse, in order to understand the symbolic construction of urban space and the city images that are currently emerging in this part of the city. On the other hand, we will study the impact of urban construction projects’ publicity and its implicit idea of “city”, which promote a very specific relation between the inhabitants of this area with the other places of the city, entailing different ways of life and social relationships. We are interested in understand how the idea and development of El Poblado as a new –or alternative– centrality and of housing development as the predominant type of housing, reinforce and codify the sense of social distinction that brings about spatial segregation towards those considered “the others”, external to the environment.

RESUMO

O objetivo deste artigo é contribuir à discussão acadêmica sobre a reconfiguração de fronteiras e distancias espaciais na cidade de Medellín e suas implicações na ordem social da cidade, a partir do estudo realizado no setor de *El Poblado*. Se acerca, por um lado, ao discurso das pessoas de classe média alta e alta que ali habitam, para entender a construção simbólica do espaço urbano e as imagens de cidade que se estão conformando atualmente desde este setor. Por outro lado, examina o impacto da publicidade dos projetos urbanísticos e a ideia de “cidade” implícita que estes manejam. O qual promove umas relações particulares entre os habitantes desta zona com outros lugares da cidade, pois põem em jogo os diferentes estilos de vida e as relações sociais. Finalmente, procura entender como a ideia e o desenvolvimento de *El Poblado* como uma nova

centralidade –ou centralidade alterna- e da unidade fechada como tipo prevalecente de moradia potenciam e codificam sentidos da distinção social que levam à segregação espacial daqueles considerados “outros”, esternos ao entorno.

Introducción

El Poblado, ubicada al sureste del valle, es una de las 16 comunas¹ en las cuales está dividida administrativamente la ciudad de Medellín. Se ha caracterizado por ser la zona más exclusiva de la ciudad y por ser el polo de desarrollo urbano más pujante y apetecido del Valle de Aburrá en las últimas dos décadas. Esta comuna está compuesta en su mayoría por el estrato 6 (67%), seguido del 5 (21%); sin embargo, posee un fragmento de estrato 4 (5%), una minoría de estrato 3 (2%) y algunos enclaves de 2 (3%).

El desarrollo urbanístico de El Poblado, y de la ciudad en general, especialmente en los últimos 20 años, ha permitido la concentración en este sector de una oferta cada vez mayor de servicios. Allí es posible estudiar, trabajar, recrearse, hacer compras, etc., lo que lo convierte en una especie de lugar autoabastecido que, para muchos de sus habitantes y para quienes lo ven como una forma de ascenso social, se ha convertido en un referente de exclusividad y estatus social en la ciudad. Su configuración permite tener que salir muy poco de allí en la cotidianidad –uno de los aspectos más valorados, como veremos más adelante–, lo que hace que, en muchos casos, se disminuyan considerablemente los recorridos y las visitas a otros barrios de la ciudad. In-

cluso, en el trabajo de campo se evidenció que muchos de sus habitantes pasan meses sin cruzar el río para ir al occidente, otros sin ir al centro, y que hay otros sectores de la ciudad cuya visita la mencionan como un acontecimiento “casi turístico” o con connotaciones de peligro.

1. Breve recorrido histórico

El sector del Poblado, al igual que la ciudad misma, sufrió transformaciones significativas durante el siglo XX: de ser una zona campestre y aislada, pasó a convertirse en uno de los focos de vivienda y comercio más importantes de la ciudad de Medellín. Estos cambios son producto y reflejo de las transformaciones sociales, económicas y políticas propias de la historia de la ciudad, que modifican y moldean los imaginarios y las relaciones sociales, a la vez que conforman nuevas concepciones sobre lo que se considera como lo “mejor”, lo “exclusivo” y lo “más agradable” para vivir.

Durante las primeras décadas del siglo XX Medellín consolidó una fuerte actividad industrial, que le permitió pasar de ser un pequeño poblado, a adquirir una prometedora imagen a nivel nacional. Esto permitió no sólo su crecimiento urbano, sino un aumento en su población, al volverse atractiva para pobladores rurales y obreros

¹ Si bien este término se utiliza para asuntos de la administración local, comúnmente entre los habitantes de la ciudad se hace referencia a El Poblado como barrio, pues el término “comuna” tiene una connotación peyorativa en Medellín para designar los barrios más marginados, comúnmente llamados “populares”.

² Para ampliar este tema ver: Naranjo y Villa, 1997.

³ Se formularon el Plan Medellín Futuro en 1913 y, posteriormente, el Plan Piloto de Wiener y Sert, aprobado en 1951 y modificado en 1959, llamado Plan Director (Botero, 1996; Naranjo y Villa, 1997). Éste último buscaba ordenar el espacio urbano a partir de las 4 funciones asignadas desde el urbanismo (habitar, trabajar, circular y recrear).

en busca de trabajo. Como consecuencia de estos acontecimientos, se produjo una expansión del territorio y nuevos barrios comenzaron a conformarse. Tal es el caso de Prado Centro, lugar de residencia de la clase alta de Medellín a comienzos del siglo XX. Inspirado en modelos europeos, este barrio –que para entonces se encontraba alejado del centro de la ciudad– comenzó a ser poblado por una parte de la élite empresarial.

La planeación para estas primeras décadas del siglo XX estaba basada, principalmente, en el embellecimiento de la ciudad a partir de un modelo europeo. Fue así como, a partir de los años 30, apareció una aplicación primaria de normas que reglamentaban los impulsos constructivos.² Mientras la ciudad comenzaba su primer intento de normatividad en materia de regulación de construcciones, El Poblado se encontraba ocupado por grandes casas finca –sólo algunas lomas permitían su acceso– y comenzaba a consolidarse como un lugar de residencias campestres y zona de descanso y recreo para la clase alta de la ciudad. En los años 40, con la rectificación del río, se recuperó gran cantidad de terreno urbanizable en la parte más llana y se desarrolló un sistema vial entre Envigado y El Poblado.

La preocupación central del Estado, a mediados del siglo XX, consistió en proyectar la ciudad –para que pasara de ser un pequeño poblado, a convertirse en una gran metrópolis– y en ir consolidando entidades públicas y privadas que permitieran el desarrollo urbano, desde sus aspectos

básicos (como el acueducto, alcantarillado, etc.), hasta grandes obras de infraestructura y planes piloto de desarrollo.³ Pero la dura realidad que acosó a la ciudad en las siguientes décadas –con el aumento dramático de la población, a raíz de las migraciones masivas de gente del campo debido a la violencia de los años 50– desbordó los planes de desarrollo propuestos. Además, el perímetro urbano se expandió de una manera poco planeada y el centro de la ciudad aumentó su actividad comercial. Debido a esto último, muchas de las antiguas familias que habitaban el sector comenzaron a trasladarse a otros barrios menos agitados y a buscar nuevos lugares de vivienda. En consecuencia, la clase alta se desplazó hacia sus fincas de recreo, ubicadas en la zona de El Poblado, en busca de lugares de residencia más tranquilos. Es a partir de este momento que el sector de El Poblado comenzó a ser un modelo de vivienda exclusiva reconocido en la ciudad, al cual se agregó la construcción del Club Campestre de Medellín, ícono social de la clase alta de la ciudad.

Sin embargo, fue una década más tarde, en los años 60, cuando se incentivó la construcción en este sector. Por un lado, los hijos de la élite tradicional comenzaron a heredar las casas-finca de sus padres, y muchos de ellos comenzaron a lotearas, presionados, en cierta medida, por el aumento de los impuestos por valorización. Por otro lado, se promovió la edificación de vías de gran importancia, como la Avenida Las Vegas, la variante las Palmas, y la vía regional hasta la calle 10, las cuales

mejoraron el acceso a este sector de la ciudad y lo convirtieron en un corredor que comunica al centro de la ciudad con el sur del valle. Este mejoramiento en las vías, sumado a un amparo de nuevas políticas de crédito que fomentaron la oferta de suelo apto para el desarrollo inmobiliario, dio inicio a una etapa de mayor poblamiento y urbanización.

Para la década de los años 70, las firmas profesionales que con pocas excepciones acometían entonces la construcción de viviendas aisladas, casa por casa de encargos individuales, comenzaron a ser sustituidas por empresas promotoras de construcción para la venta masiva. Al principio, se comenzaron a construir pequeños conjuntos y, alternativamente, pequeños edificios de 3 a 5 plantas, sujetos a la norma de la época que limitaba los índices de construcción a 0,7m² por metro cuadrado de lote neto (Decreto 451/82) (PEOP, 2005: 27). Algunas normatividades, tales como el Decreto 109 de 1974 y el 108 de 1975, incentivaron un mejor aprovechamiento de los lotes para los desarrollos urbanísticos masivos, lo cual ayudó a marcar un cambio en la morfología del sector: de casas unifamiliares se pasó a conjuntos multifamiliares.

Es en los años 80 cuando aparecen de forma más contundente las unidades cerradas como la forma de vivienda más común y apetecida; en gran medida, como respuesta a la violencia e inseguridad crecientes en la ciudad, las cuales se vivieron de forma más dramática en los años 90, producto de la guerra entre los carteles del narcotráfico. A raíz de este conflicto,

la ciudad abierta, el vecindario, la calle como espacio de encuentro y de intercambio fueron sistemáticamente rechazados por muchos habitantes, quienes respaldaron cada vez más la posibilidad de encerrarse en sus conjuntos residenciales, con el anhelo de tener tranquilidad y seguridad. Este aislamiento empezó a promoverse, a venderse y a asimilarse como símbolo de estatus (PEOP, 2005). Adicionalmente, el despliegue de las viviendas como sedes de autoabastecimiento de diversos servicios también se incrementó: los conjuntos residenciales comenzaron a ofrecer atractivos como piscinas, zonas de juego y vigilancia 24 horas, servicios que, a modo de club, se fueron consolidando con el tiempo e incrementando.

Luego del primer lustro de la década del 90, la ciudad comenzó un período de reactivación social y económica. Nuevos proyectos constructivos comenzaron a realizarse en varios puntos de la ciudad. El Poblado se consolidó como un nuevo centro financiero: no sólo aparecieron sucursales de grandes bancos, sino que además se fortaleció la llamada Milla de Oro. En este sector, que va del parque de El Poblado hasta el Club Campeste por la avenida El Poblado, se instauró la presencia de las entidades financieras más fuertes del momento, así como sedes de la entidades bancarias más importantes –Banco de Occidente, Colmena, Banco Ganadero (BBVA, actualmente), Caja Social, Concasa, Sudameris, Bancafé–. Igualmente, muchos hoteles llegaron a la Milla: el Dann Carlton, el Poblado Plaza, el Portón de Oviedo y el Sheraton. En conse-

cuencia, a principios de los años 90 el metro cuadrado de mayor costo de la ciudad se encontraba en este sector.

Con la aprobación del Plan de Ordenamiento Territorial (Acuerdo 38 de 1999) y su correspondiente normativa (aprobada por el Acuerdo 23 de 2000) se dieron beneficios considerables a la estructura de loteo, lo que generó grandes ventajas para la actividad edificadora y posibilitó las condiciones para el desencadenamiento de la actividad constructora en este sector. Adicionalmente, se presentó en el sector el apogeo de los centros comerciales Vizcaya y El Tesoro, así como la ampliación de el Oviedo y la construcción de *malls*, restaurantes, discotecas, etc. En este contexto, El Poblado se consolidó, aún más, como símbolo de prestigio y exclusividad para sus residentes y demás ciudadanos.

En los últimos años, cerca del 30% del total de las construcciones de la ciudad (y del 50% del valor de la inversión en este campo) se ha localizado en El Poblado, lo cual resulta desproporcionado, teniendo en cuenta que la población de esta zona es sólo el 4,5% del total de población urbana. Tenemos, entonces, que de la mano del desarrollo privado y público, la dinámica urbana de la ciudad –y en este caso de El Poblado– fue presentando grandes cambios, tanto en su morfología, como en la manera de habitarla. La transformación paulatina de El Poblado de un territorio rural y campestre a una zona comercial y de vivienda, prestigiosa y exclusiva ha traído fuertes representaciones en el imaginario de sus habitantes, en las formas de habitar

la ciudad y en las relaciones con los demás ciudadanos.

2. Hacia la construcción de nuevas centralidades

Para algunos autores, las ciudades contemporáneas han sufrido una fragmentación social que va en aumento, relacionada con procesos económicos característicos del capitalismo tardío, que han desatado una “desurbanización” (Oropeza, 2004: 701) y una privatización del mundo (Svampa, 2001:11). Hay varias corrientes que explican estos fenómenos desde diferentes aspectos: por ejemplo, desde una perspectiva antropológica, se cree que han surgido como consecuencia de cambios socioeconómicos de signo neoliberal, del avance de la sociedad de la información y del urbanismo en la modernidad (Martín Barbero, 1991; Castells, 1995; García Canclini, 1993; Joseph, 1988 en Oropeza, 2004: 702); lo cual coincide con una imagen de ciudades cada vez más fragmentadas y dispersas, donde el flujo y la circulación son lo principal y donde los lugares de reconocimiento y los lazos vecinales decaen. La vida en las urbes se caracteriza cada vez más por ser una vida individualista, con impacto en los estilos de vida, en las formas de ocupación del espacio y en las relaciones sociales, lo cual ha generado fronteras simbólicas entre sus habitantes.

La conformación de nuevas centralidades en ciudades con crecimiento acelerado va de la mano de la expansión de unidades

cerradas, parcelaciones, barrios privados y *countries* (Oropeza, 2004; Svampa, 2001; Low, 2001) dirigidos, en muchos casos, a satisfacer las necesidades de sus habitantes, con abastecimientos de todo tipo. Igualmente, representan nuevas relaciones sociales, mediadas por la privatización del espacio, características de la vida urbana contemporánea, lo cual acentúa las jerarquías y la exclusión social.

Estas nuevas formas de ocupación del espacio y las relaciones sociales que allí se generan entre sus habitantes, tienen relación con procesos locales y globales. Para Svampa, en América Latina hechos como

[...] la crisis del Estado, la desindustrialización y el aumento de la inseguridad urbana, ocurrida en los últimos decenios, contribuyeron a ampliar aún más la brecha que separa a los sectores sociales más favorecidos de los pobres y excluidos. No resulta extraño entonces que en ciertos países del continente, [...] las clases altas y medias superiores hayan buscado profundizar las formas de segregación espacial en el interior de las ciudades (Svampa, 2001: 13).

El modelo de nueva centralidad y unidades cerradas tiene referentes anclados en el modelo urbano norteamericano (Svampa, 2001). Los suburbios en Estados Unidos, desde mediados del siglo XIX, han encarnado el marco ideal de la familia, y se han convertido en el lugar de vivienda de las clases medias altas y altas. Allí prima la ciudad-jardín, donde prevalece la seguridad privada, y la ciudad se limita únicamente a las funciones económicas, sin la posibilidad

de ser un lugar de encuentro de los diferentes sectores sociales (Low, 1996; 2001). Se promueve la idea de cierta “homogeneidad residencial y una sociabilidad del ‘entre nos’” (Svampa, 2001:14), que marca el paso de una “ciudad abierta” a una “ciudad cerrada”, como lo han llamado arquitectos y urbanistas. El modelo de “ciudad abierta” se relaciona con el europeo, donde la ciudad industrial es el centro económico y político, y cuyos ejes son el espacio público, la ciudadanía política y la integración social; completamente opuesto al modelo de “ciudad cerrada”, característico de Norteamérica, donde sobresale la ciudadanía privada (Low, 2001).

Con el amplio desarrollo de El Poblado comenzó a fortalecerse y afianzarse la idea de un centro alterno al tradicional. Esta idea, proveniente de proyectos privados, estaba también en la mente de los mandatarios. El 30 de septiembre de 1977, un estudio integral sobre la comuna de El Poblado –dirigido por el Departamento de Planeación Física y el Departamento Administrativo de Planeación y Servicios Técnicos– hizo alusión al alto costo de la tierra, como resultado de que estuviera dividida en pocas unidades y arrojó como una de las sugerencias “que la comuna El Poblado tenga todos los servicios, tanto de tipo social como de tipo económico [y] lograr que se abastezca a sí misma y evitar recorridos al centro de la ciudad”. Este objetivo se fue materializando poco a poco, debido principalmente a la inversión privada.

A raíz de ser habitada por la clase alta, el desarrollo de la zona condujo a la cons-

⁴ En agosto del 2005, El Poblado tenía en oferta 2065 unidades de vivienda, que corresponden al 43,9% de la oferta total de Medellín, distribuida en 96 de los 200 proyectos que estaban en construcción y a la venta ese año. En el 2004, la totalidad del área construida para el uso de oficinas y consultorios (13.835m²) de la ciudad se construyó en allí, así como el 32,2% del área destinada a locales comerciales. Entre 1995 y 2005, se construyó en esta zona el 65,7% de los metros cuadrados destinados a oficinas y consultorios de la ciudad, y el 33,9% de los destinados a locales comerciales. Estos datos dan una idea de la atracción de las actividades de comercio y servicio hacia El Poblado y de la magnitud del desplazamiento de estas actividades del centro de la ciudad. (PEOP, 2005: 138-139).

trucción de urbanizaciones lujosas y costosas que fortaleció aún más el referente de El Poblado como “el barrio de los ricos”, a pesar de existir a la par con las grandes casonas y edificios, barrios de clase media y enclaves populares conformados por los antiguos trabajadores de las casas fincas, como son los barrios de La Chacona, El Chispero, Los Parra y El Garabato.

Además del neoliberalismo, específicamente en Medellín el narcotráfico permitió también la expansión de la actividad inmobiliaria en El Poblado. Grandes capitales fueron invertidos allí para esos fines. Para comienzos de los años 80 se iniciaron construcciones de edificios ostentosos de oficinas y vivienda. Hubo un impulso fuerte en el mercado inmobiliario gracias a los dineros ilícitos, por lo que se construyeron edificios con piscinas en cada piso y otra gran cantidad de edificaciones que la gente tiene como referentes de viviendas de los grandes capos. Simultáneamente, y como consecuencia de este proceso, muchos de las personas adineradas, dueñas de casas fincas, comenzaron a vender sus predios; otras, a desarrollar proyectos privados de urbanizaciones.

La conformación urbanística actual de El Poblado, su oferta y concentración de servicios ha hecho de este lugar una nueva centralidad, tanto desde el tratamiento especial que le ha dado el municipio –el diseño de un Plan Especial de Ordenamiento para El Poblado–, como en la manera en que lo perciben y habitan sus residentes: para muchos, “allí se encuentra todo lo

necesario para vivir, sin necesidad de desplazarse a otros lugares de la ciudad”.

En el Plan de Ordenamiento Territorial del municipio de Medellín está estipulado promover un desarrollo urbano compacto y policéntrico, de tal manera que dinamice y revitalice diversas zonas de la ciudad y consolide un sistema de centralidades en un contexto metropolitano. Este *sistema de centralidades* está compuesto por *nodos y áreas de actividad de especial importancia*, que albergan espacios públicos y equipamientos principales. Las centralidades, divididas en metropolitanas, de ciudad, zonales y barriales, buscan el mejoramiento de la calidad de vida de los habitantes, enfocándose en lugares estratégicos para el mejoramiento del espacio público, regulación de las construcciones, implementación de centros culturales, movilidad y cercanía a servicios, entre otros. El Poblado figura como una de las centralidades zonales. Sin embargo, este sector ha recibido también el carácter de segunda centralidad⁴ en el contexto urbano y metropolitano, debido a la confluencia de usos institucionales, comerciales y de servicios en sus principales corredores estructurantes –sobre todo en la Calle 10, la Av. El Poblado y la Avenida Las Vegas–. A su vez, los corredores de comercio barrial de la Transversal Inferior, vienen atrayendo nuevos centros comerciales de escala menor y mediana, equipamientos privados y otras actividades empresariales y de servicios (Acuerdo Municipal No. 46 de 2006: 60).

La idea de convertir a El Poblado en una nueva centralidad obedece a distintos

intereses: se ha generado un desarrollo económico grande en una zona de un alto nivel de vida, donde se invierte porque se sabe que sus habitantes tienen un alto poder adquisitivo; pero también porque da la posibilidad a la ciudad de ofrecerse al mundo como fuerte en el tema de venta de servicios. Esto ubica a Medellín en otro nivel, cada vez más cerca de una metrópoli del siglo XXI, que permite acoger a sus visitantes en proyectos de talla internacional, con referentes que trascienden lo local, hecho que remarcan sus promotores no sólo con el diseño y la asesoría de firmas extranjeras, sino con los mismos nombres con los que bautizan las obras (*La Strada, Atelier La Francia, Palm's Avenue*, etc.).

Como vemos, hay procesos sociales, políticos y económicos que han impulsado y permitido el desarrollo de El Poblado como una nueva centralidad. Pero si bien el concepto urbanístico de centralidad es importante para describir la configuración actual de este sector de la ciudad, son sus implicaciones y repercusiones simbólicas las que más nos interesan. Es decir, la importancia que le han dado sus habitantes al carácter de centro, a la concentración de servicios, a la idea de tener “todo a la mano” en su vida cotidiana. En este sentido, un asunto que resulta paradójico de este proceso y del discurso de la administración local es que el objetivo de una nueva centralidad, en teoría, no coincide con la práctica: El Poblado –donde una familia nuclear tiene, normalmente, ingresos superiores a 6 millones de pesos y posee por lo menos un carro– no se encuentra a más de

5 kilómetros del centro antiguo, razón por la cual podría pensarse que no es necesaria la implementación de tantos servicios concentrados. Además, como se argumenta en este escrito, las nuevas centralidades deben pensarse para sectores que están cada vez más alejados del centro, con dificultades para llegar a él. Sin embargo, la distancia entre El Poblado y el centro, que es más simbólica que espacial, se ha consolidado para sus habitantes por gusto, por elección propia –a diferencia de los barrios marginados–, lo cual expresa fronteras simbólicas que debemos entender si buscamos una ciudad con dinámicas sociales y políticas más incluyentes.

3. ¿De ciudad-abierta a ciudad-cerrada?

Si bien varios autores sostienen que con el aumento de la pobreza, derivada del modelo neoliberal adoptado en los años 90, la idea de “ciudad cerrada” fue desplegándose con mayor fuerza y, de alguna manera, fortaleciendo las construcciones enrejadas y encerradas para alejar la población pobre en aumento, este no fue siempre el modelo desarrollado en la ciudad de Medellín. Este fenómeno comenzó a implementarse en la ciudad en las últimas décadas y se evidenció claramente en el desarrollo urbano del sector de El Poblado; con el tiempo, éste se ha ido desplazando también a los otros polos de desarrollo del área metropolitana. En este proceso de adopción de un urbanismo donde prevalece lo privado sobre lo

público, el sector inmobiliario y la empresa privada son quienes han tomado las riendas en el impulso del desarrollo inmobiliario de El Poblado, lo cual ha sido permitido por el Municipio.

Según el arquitecto Gilberto Arango (1997), ha habido una secuencia de cambios en la vivienda en Colombia, y específicamente en Medellín –se ha pasado de las casas de patio a los edificios de apartamentos, de los barrios a las unidades cerradas– que implica un cambio en la arquitectura, en la manera de percibir y de habitar los espacios, de concebirlos y de promocionarlos, que se relaciona con el rol y también la ausencia del Estado en el desarrollo urbano de la ciudad. El autor tipifica estos cambios en 3 períodos, que se desarrollan a continuación.

El primero lo llama “Paso a la modernidad (1950-1960)”, período en que la arquitectura está basada en la funcionalidad, bajo el principio del orden y la eficiencia; en consecuencia, el ornamento es reemplazado por el orden, y las grandes casas de fachada quedan a un lado. Una innovación importante en este período es la aparición de los edificios de apartamentos, llamados también edificios de renta, con los cuales inicia el proceso de configuración de la nueva ciudad: la de la aglomeración y la del anonimato. Este período lo relaciona también este autor con el afianzamiento del ideal moderno de progreso, que permite que se acepten los cambios sin mayor reparo, pues está el propósito de dejar atrás una vida pueblerina y pasar a una ciudad actualizada con las tendencias internacionales.

El segundo período es “El Estado Protector (1960-1980)”. El discurso del desarrollo toma lugar con el Estado a la cabeza, como promotor y principal ejecutor de los proyectos. Lo público prima: la salud pública, el espacio público; la vivienda pública suplanta la vivienda individual, con base en la necesidad social y entra a formar parte de las responsabilidades estatales. “El Estado se asume como agente constructor del desarrollo y proveedor del bienestar” (Arango, 1997: 23). Se construyen grandes conjuntos multifamiliares para clases medias y se desarrollan programas masivos de vivienda para los sectores populares. Es alrededor de los años 70 que la iniciativa privada, hasta entonces limitada a servir como ejecutor contratista de los proyectos estatales, comienza a destacarse como principal constructor de vivienda. Esto, debido a que dispone de fuentes de financiación como las Corporaciones de Ahorro y Vivienda (CAV), lo que lleva a la sustitución del Estado en la construcción masiva de vivienda. Es en esta época que se da en el urbanismo el paso de “la ciudad abierta a la ciudad cerrada”, el cual inicia con el enmallado de espacios destinados a usos educativos y recreativos (las universidades públicas, por ejemplo, se cierran con el fin de controlar problemas sociales de inseguridad, violencia, etc.) y continúa, posteriormente, con la implementación de esta práctica en la vivienda, en parte como respuesta al agravamiento de las condiciones de inseguridad de la ciudad.

Finalmente, el tercer período es denominado por Arango como “La vivienda

como asunto del mercado (1980-1997)". Si bien este autor sólo llega en su estudio hasta el año de 1997, este planteamiento es aún vigente para el año 2009. En este período, el Estado ya ha abandonado su papel central como constructor. Bajo las ideas neoliberales, la construcción de vivienda ya no es su responsabilidad, por lo que deja el mercado libre para los inmobiliarios, constructores privados, razón por la cual las estrategias de mercado comienzan a regir los modelos de vivienda. La racionalidad del mercado tiene como objeto obtener la mayor utilidad posible en la producción de vivienda, así como en los centros ejecutivos y los proyectos mixtos. Esta racionalidad "hace uso hábilmente de todas las fantasías con que el hombre urbano de hoy busca conjurar sus amarguras y padecimientos, para crear sus modelos de vivienda 'ideales', que luego se publican en los medios de comunicación, a la caza de compradores" (Arango, 1997: 26), cada vez más influenciados por los discursos sobre la comodidad y la necesidad de tener todo cerca, la seguridad de las mallas y la vigilancia privada, y con una cantidad de atributos que hacen de los futuros hogares lugares deseados y exclusivos. Un sin número de atributos, que cobran una importancia central en los medios comerciales de vivienda, como piscinas, *club house*, gimnasios, juegos, parqueaderos vigilados y mallas que compensan la creciente agresividad urbana.

4. El apartamento: más que un nuevo modelo de vivienda

Entre los años 50 y 60, como lo menciona Arango, comenzaron a aparecer los *edificios de renta*. Como su nombre lo indica, la posibilidad de renta económica de estos proyectos fue la motivación para venderlos a las familias ricas de Medellín, quienes constituían los únicos clientes posibles en ese entonces.

Así, el edificio de apartamentos comenzó a instaurarse como una nueva forma de vivir, como referente del *hombre moderno*, ciudadano de las capitales mundiales. Las primeras familias que empezaron a vivir en estos edificios tenían referentes internacionales –porque realizaban viajes y porque tenían acceso a la información sobre este nuevo tipo de vivienda–, lo que permitió su aceptación y, en consecuencia, la transición de casas unifamiliares a edificios de apartamentos. Además, el edificio se constituyó en un símbolo de distinción y prestigio, en tanto permitía diferenciar a la élite de otros grupos sociales, menos adinerados, que no podían acceder en ese momento a los apartamentos. Adicionalmente, la innovación le confirió a este tipo de vivienda el carácter de exclusividad que en ese momento se asociaba también a la idea de *progreso* y *desarrollo* urbanos (Arango, 1997).

Los primeros edificios se localizaron en lugares con una importancia ya existente, próximos a equipamientos de la ciudad, buen transporte, cerca a importantes vías; en consecuencia, fue en el centro de Medellín donde se comenzaron a construir

dichas edificaciones. Sin embargo, para finales de la década del 60, principios de la del 70, ésta construcción, aún privilegiada, se trasladó a El Poblado, donde se construyó el primer edificio de la zona, llamado comúnmente el “Edificio Blanco”. Posteriormente, aparecieron cada vez más edificios, en las principales vías, como la Avenida El Poblado. Más adelante, las antiguas casas fincas comenzaron a urbanizarse, y ya hacia los años 80 comenzó el *boom* de la construcción en la zona, el cual incluía no sólo de edificios de apartamentos, sino de centros económicos, ejecutivos, etc., que ya mencionamos anteriormente.

El edificio permitió que lugares privilegiados, habitados anteriormente por unas pocas familias en casas unifamiliares –las casas fincas– pudieran ser disfrutados por varias familias. Es decir, que permitió cierta democratización de los espacios, por su construcción vertical y aprovechamiento intensivo del suelo; sin embargo, en un primer momento en estos edificios de apartamentos la convivencia se dio entre iguales, es decir, personas de clase alta, con referentes culturales parecidos e ingresos económicos semejantes. En palabras de Arango:

[...] se trata ahora de conformar un grupo, eso sí, cuidadosamente seleccionado, un grupo homogéneo, tanto en su ingreso, como en sus prácticas y expectativas sociales, con grandes afinidades en sus gustos y aficiones estéticas; se trata finalmente [...] de “*colectivizar los privilegios entre iguales*” (Arango, 1997: 51).

El modelo de los edificios de renta es un modelo urbano, pues tiene una fuerte voluntad de que sus habitantes permanezcan en la ciudad, de hacer ciudad y de pertenecer a ella; además, en sus primeros pisos hay locales que promueven el paso y la interacción entre personas, característica que no encontramos en el modelo suburbano de la unidad cerrada, el cual evita la ciudad y quiere diferenciarse de ella. A pesar de ello, el edificio aísla a sus habitantes de la calle: la palabra “apartamento” viene de apartar, de separar; según el diccionario es “aquello en que se ha distribuido o dividido algo” y tiene por sinónimos: “retirado, distante, separado, remoto, marginado”.

Así que el apartamento comienza a instaurar un mirada distinta sobre el exterior, más distante, y cada vez lo de afuera se vuelve más amenazante. Otro aspecto que instaura el edificio de apartamentos, que va calando en el imaginario de los nuevos residentes, es “la búsqueda del anonimato” (Arango, 1997: 59). Este deseo de anonimato se relaciona con la idea de individualidad, muy presente en el ideal moderno de las ciudades, donde los referentes universales son la búsqueda de la privacidad y la independencia, características de las grandes urbes de otros países.

Hasta la década del 70, el apartamento fue un tipo de vivienda exclusivo de la clase alta de Medellín –aunque había todavía grandes casas en el centro de la ciudad y casas fincas en El Poblado–, y se volvió común, aceptable y deseable esta nueva manera de vivir. Sin embargo, a comienzos de dicha década aparecieron los conjuntos

multifamiliares promovidos por el Estado, a través del Instituto de Crédito Territorial, dirigidos a la clase media, y luego a las clases populares. Fue así que el edificio se democratizó aún más y que se instauró como el modelo a seguir.

Pero fue cuando el Estado comenzó a delegar sus funciones como promotor de vivienda al sector privado cuando aparecieron en escena los conjuntos residenciales y se produjo una fuerte valoración de estos. Es con estos conjuntos residenciales que la empresa privada logró su mayor consolidación en el sector inmobiliario y constructor. Muchos de estos conjuntos, en El Poblado específicamente, comenzaron a construirse a raíz de la modificación en la norma arriba mencionada, que permitió que lotes de “baja densidad”, como fueron definidos, fueran urbanizados mediante estos conjuntos residenciales de alta densidad poblacional.

Si bien el nuevo modelo de vivienda basado en los edificios de apartamentos, luego los conjuntos, dejó de lado el modelo norteamericano de casas suburbanas durante los años 70, en los años 80 este modelo volvió a tomar fuerza, con los proyectos de unidades cerradas y parcelaciones. Arriba mencionábamos que el modelo de barrio privado y de unidad cerrada tiene referentes en el modelo norteamericano de ciudadanía “privada” y ciudad cerrada. En Medellín, luego del auge de los apartamentos, a raíz de la inseguridad y la fuerte violencia desatada en la década del 80, empezaron a desarrollarse proyectos de unidades cerradas ya no solo de apartamentos, sino tam-

bién de casas; pues los habitantes –la clase alta principalmente– buscaban resguardo en la vigilancia privada, rejas, porterías blindadas y alarmas que este tipo de unidades les brindaban. Recordemos que es El Poblado el primer lugar donde se comenzaron a construir las urbanizaciones cerradas; luego se construyeron en otros barrios de clase media-alta, hacia La Mota, en el occidente de la ciudad, y en los últimos años se ha implementado el formato de unidad cerrada en barrios de clase media y popular.

A partir de la unidad cerrada se empieza a desarrollar una claustrofilia. Muchas zonas de El Poblado, a diferencia de otros barrios de la ciudad, presentan cierta superioridad en cuanto a áreas libres, zonas verdes; sin embargo, la mayoría de estos espacios pertenecen a entes privados y, por lo tanto, no hacen parte del sistema de espacio público de la ciudad. En consecuencia, se reduce la interacción entre habitantes en los juegos infantiles o las áreas húmedas de los conjuntos residenciales; además, este modelo está ligado también a la idea de no tener que salir o moverse mucho para encontrar lo “necesario”.

El sistema de espacio público en toda la Comuna 14, donde está ubicado El Poblado, es escaso. Se han hecho esfuerzos por mejorar este panorama en la parte central de la comuna; pero en sus alrededores, más hacia las transversales, es difícil encontrar un andén, no hay lugares públicos de reunión, ni placas deportivas, ni instalaciones culturales. El espacio público está compuesto por los residuos de calles privadas, “mangas” minúsculas entre torre y torre y,

⁵ Entendemos por “clase social” la definición dada por Bourdieu:

[...] conjunto de agentes que se encuentran situados en unas condiciones de existencia homogéneas y producen unos sistemas de disposiciones homogéneas, apropiadas para engendrar unas prácticas semejantes, y que poseen un conjunto de propiedades comunes, propiedades objetivadas, a veces garantizadas jurídicamente (como la posesión de bienes o de poderes) o incorporadas, como los *habitus* de clase (y en particular, los sistemas de esquemas clasificadores) (2000: 100).

⁶ Este término lo tomamos de Maristella Svampa, quien lo emplea para referirse a los sectores de la clase media argentina que han logrado sobrepasar la crisis económica del neoliberalismo, así como continuar con poder adquisitivo, y, por tanto, con movilidad social dentro de la sociedad (cfr. Svampa, 2001).

cuando mucho, por fracciones más grandes de “zonas verdes” que “sobraron” y a las que llaman “parques”, pero las cuales no son frecuentadas, ni tiene ningún doliente. Sólo los *malls* y los centros comerciales pueden considerarse como la infraestructura *pública* del sector; sin embargo, esa condición de “público” es relativa, en tanto las personas que entran allí son clientes y su acceso está limitado a la capacidad adquisitiva y de consumo.

Este estilo de vida adoptado por las clases altas, primero en los edificios de apartamentos y luego en las urbanizaciones cerradas, se opone a la vida barrial, a la vecindad, y choca con otras maneras de vivir la ciudad, donde es precisamente la vida barrial lo que prima. En el imaginario colectivo de Medellín hay una conexión inmediata entre “la vida de barrio” y “lo popular”, lo pobre; tal vez por eso las unidades cerradas han encarnado ese “paso” de la vida de barrio hacia otro tipo de vida, asumido como un ascenso social, que nada tiene que ver con el barrio, ni con las tiendas en las esquinas, ni el granero, ni el zapatero, ni la venta ambulante de mazamorra, verduras o arreglo de ollas a presión, características típicas de los barrios abiertos de la ciudad, no solamente populares, sino de cualquier barrio cuyo acceso es abierto. Esto sucede tanto en las comunas populares, como en barrios como el Carlos E. Restrepo, que es una urbanización de clase media, o incluso en Laureles, un barrio de clase media-alta que no tiene unidades cerradas, pues todavía tiene la composición de barrio abierto.

La búsqueda de la intimidad y la privacidad se tornan aún más inminentes y la unidad cerrada se convierte en un elemento de distinción social: las clases altas buscan diferenciarse de aquellos “recién llegados” que no comparten su clase⁵ ni su *habitus*; en consecuencia, las ideas de anonimato, privacidad y lejanía se consolidan. Estos “recién llegados” son personas de clase media “ganadora”⁶ que han podido salir de sus barrios y pasar a vivir en un estrato más alto, por lo que quieren diferenciarse de aquellos que aun viven en barrios abiertos.

Las zonas de El Poblado ubicadas en las partes más altas del lado sur-oriental de la comuna resultan más apetecidos para estos nuevos habitantes del sector pues,

[...] en promedio en Astorga, las viviendas son un 25% más grandes, pero el valor promedio del metro cuadrado es un 7% menor para la compra-venta y un 12% para el arriendo [...lo que indica] que, pese a su menor cantidad de espacio público, es más atractivo al comprador que encuentra una oferta de espacio libre dentro del perímetro de su propia unidad (González, 2005: 72).

Para fortalecer cada vez más la unidad cerrada en el mercado y atraer más clientes, los promotores y constructores de los proyectos se ingeniaron “calidades agregadas”, más allá de los componentes básicos de la vivienda. Así, se entró en una

[...] fase de los atributos, en la cual el espacio, reducido a sus límites funcionales mínimos [...], se llena gradualmente de atributos: acabados lisos, tersos, acolchonados, antideslizantes, fríos,

cálidos [...], con muebles estándar, ergonómicos [...], con máquinas reguladoras, trituradoras, ajustables [...]. Son todos estos atributos que en la medida en que el espacio se reduce pasan de ser una opción, a convertirse en una necesidad vital. [Así, la] localización respecto a [...], la] seguridad contra [...], el] aspecto igual a [...], el] espacios como en [...], los] ambientes que hacen recordar a [...] son todas alegorías o cualidades del orden retórico, muchas de ellas “intangibles”, productos de moda o símbolos de prestigio, cualidades que poco a poco ganarán una importancia creciente en la valoración de la vivienda, a costa de la desvalorización, como ocurre en la actualidad, de características (espaciales, topológicas, ambientales, etc.) (Arango, 1997: 90).

Estos atributos llenan de sentido los conjuntos residenciales ofrecidos hoy en día. Además, instauran diferencias sustanciales, que aluden a la distinción social entre los residentes que escogen uno u otro lugar.

5. Atributos y estilo de vida

A raíz del auge de la construcción en los últimos años en El Poblado, nuevos sistemas de construcción han sido implementados, lo que ha posibilitado la realización de viviendas más económicas. A su vez, esto ha permitido que la clase social media-media haya podido acceder a créditos y adquirir apartamentos. Por esta razón, el espacio como tal ya no es el factor diferenciador entre las diferentes clases sociales que allí habitan, sino los atributos que se imple-

mentan en los espacios y el estilo de vida que se trasmite a través de estos.

Tener un apartamento en El Poblado es ahora posible para personas de diferentes clases sociales, y por esto mismo hay un interés marcado en la publicidad por diferenciar qué tipos de apartamentos hay para la venta, porque no es lo mismo vivir en un conjunto residencial de 300 apartamentos por unidad cerrada, a vivir en uno de 30 apartamentos divididos en dos torres de 15 pisos cada una. Las diferencias son obvias, en precio y en acabados. Sin embargo, tienen características en común que conforman el imaginario sobre El Poblado: la tranquilidad y la seguridad con las que viven sus habitantes actuales y con las que vivirán los futuros compradores.

Para acercarnos a esto, analizamos la “Revista Propiedades”⁷ con el fin de entender cuáles son los estilos de vida que se ofrecen en El Poblado y cuáles son sus diferencias. Debemos entender que, en esta zona en particular, los valores asociados a estos estilos, promovidos por los nuevos proyectos de vivienda e inmobiliarios en general, obedecen no solamente a caprichos del mercado, sino también a los imaginarios de los ciudadanos, valores compartidos y referentes ya existentes de los habitantes de este lugar y de otros de la ciudad que consumen estos mensajes publicitarios y por eso mismo se sienten atraídos para vivir allí.

El precio es el primer dato que aparece en la revista, en la página de cada proyecto de construcción, luego, el nombre, una foto del proyecto, las especificaciones o atributos, un mapa de la ubicación y, fi-

⁷ Revista mensual de distribución gratuita, publicada por el sector inmobiliario de Medellín, que tiene como fin orientar a posibles compradores de vivienda.

nalmente, las promotoras y constructoras encargadas del proyecto.

La primera generalidad que encontramos en los proyectos en El Poblado, es la promoción de un estilo de vida “verde” (Svampa, 2001: 84), campestre, y tranquilo, esto está presente desde los apartamentos de 70 millones hasta los de más de mil millones de pesos. Así, aparecen nombres como: “Bosque adentro”, “Zándalo”, “Maderos de Santa María”, “Bosque de San Jorge”, “Guadual”, “Aire del bosque”, “Arroyo de la Honda” y “Bambú”; también se muestran fotos de edificios rodeado de árboles.

Una segunda generalidad es la unidad cerrada, especificada como característica principal de la publicidad cuando describen los atributos; además, en las fotos muestran una reja que rodea la unidad, o una gran portería.

Una tercera generalidad es lo relacionado con el “fácil acceso”, la “cercanía a todo”, o la poca congestión vial, debido también a los grandes problemas de tráfico que presenta El Poblado hoy en día en algunas de sus zonas más pobladas. Sin embargo, el tema de la cercanía resulta ambiguo, pues hay proyectos costosos –no los más, pero sí correspondientes a una clase alta, apartamentos de 350 hasta 400 millones– que muestran como atributo su centralidad y cercanía con lugares de diversión como la zona rosa; mientras que hay otros de igual precio, y también otros de precios más elevados, cuyo atributo principalmente resaltado por la publicidad es la lejanía,

precisamente cierto aislamiento, plasmado en los mapas de ubicación.

Vemos, entonces, unas generalidades en todos los proyectos de la zona, pero también, según el precio, el inmueble tiene unas especificaciones concretas que se ven hasta en los nombres y en los términos empleados en sus descripciones. Por ejemplo, encontramos que a medida que va aumentando el precio ya no aparece el término salón social, sino *club house* o *sky lounge*. Igualmente, los atributos que no son específicamente características del apartamento o la casa sino servicios externos –como ascensor, piscina, juegos infantiles, parqueadero, gimnasio– también van desapareciendo de las descripciones, porque es “obvio” que los inmuebles más costosos los tienen y que, además, sus futuros dueños tienen acceso a clubes campestres. Por el contrario, en los apartamentos más baratos mostrar estos atributos es el enganche para los compradores, así como enfatizar en la ubicación, “excelente ubicación”, “punto inigualable”, “muy cerca de la zona rosa de El Poblado”, etc.

Otro aspecto que va cambiando con el aumento del precio es el énfasis en la poca densidad poblacional: se explicita, por ejemplo, que son “dos torres únicamente”, o “28 apartamentos” o se habla de una “exclusiva torre con acceso privado”. Igualmente, se hace una clara alusión a la exclusividad: por ejemplo, en el proyecto “Solaris Apartamentos”, el cual se vende con el eslogan de “El privilegio de lo privado”, se enfatiza que es el único proyecto

privado de 185 mts² y 220 mts² en donde los ascensores llegan directamente al apartamento. Otro de los proyectos más costosos de la revista es el Cantagirone-due, el cual se vende con el eslogan “El símbolo de tu éxito”, junto a la frase “el proyecto más exclusivo de la ciudad”. Finalmente, está el proyecto “Entrearroyos, la diferencia entre vivir y vivir bien”.

Desde la publicidad podemos ver cómo se ha diversificado el público hacia el que va dirigida la vivienda de El Poblado, lo cual era impensable hace 20 años, pues la clase media no tenía la posibilidad de comprar allí. Lo que nos interesa de esta publicidad es entender y evidenciar cómo se promociona la vivienda, los valores en que se basa y los que promueve, así como la codificación de jerarquías sociales. En gran medida, la publicidad transmite lo que las personas piensan y quieren, dependiendo de su estatus social. Así, por un lado hay cierta “inclusión” de la clase media en la publicidad de los proyectos más económicos; pero igualmente hay publicidad que aumenta la fragmentación social de la que hablábamos más arriba y promueve una mayor exclusión social, dirigida para la clase alta, en la que se alude textualmente al hecho de mantenerse alejado de aquello que no hace parte de un “nosotros”. Porque, como lo plantean Bourdieu y Appadurai, el consumo debe pensarse no sólo como una transacción económica, sino también simbólica, es un lugar de diferenciación y distinción entre clases y grupos, “consumir es participar en un escenario de disputas por aquello que la sociedad produce y por

las maneras de usarlo” e igualmente “existe una lógica en la construcción de los signos de *status* y en las maneras de comunicarlos” (citados por García Canclini, 1995: 44-45).

Low (2001) ha señalado la importancia de desmenuzar y de profundizar los discursos sobre el miedo al crimen y a la violencia que justifican el encierro y que muchas veces lo que hacen es esconder realidades sociales como la pérdida de sentido de lugar en las ciudades contemporáneas y la separación de clases; en este mismo sentido va dirigido nuestro análisis. El discurso que legitima la unidad cerrada como un tipo de vivienda, sea condominio, parcelación, etc., codifica relaciones de clase y una segregación espacial-residencial de una manera más permanente.

Veamos el discurso de algunos habitantes del sector de El Poblado para complementar lo que se ha recogido de la publicidad. La unidad cerrada, como ya se ha mencionado, es sinónimo de tranquilidad y seguridad, razón que ha llevado a muchos habitantes de Medellín a dejar sus casas grandes ubicadas en otros puntos de la ciudad, para vivir en espacios incluso más reducido. Aclaremos que estos discursos provienen de habitantes de clase media que han podido ascender en la escala social, aquellos que llamamos “ganadores”:

[...] y la casa era inmensa [se refiere a la casa donde vivía anteriormente en otra zona de la ciudad], grandísima, era muy buena; sin embargo, acá yo puedo salir tranquila, yo puedo demorarme y siempre que llego hay un portero que me va abrir la puerta (Abogada, 40 años).

Las unidades cerradas, desde sus inicios, han tratado de reunir una diversidad de servicios que resulta más difícil de tener por separado; estos servicios aparecen también como una de las motivaciones para vivir allí. Sin embargo, la motivación principal de la decisión es la seguridad, que en muchos casos se asocia con la seguridad de estar “dentro de” las rejas, lo cual, además, garantiza estar aparte de personas “extrañas” y totalmente fuera del “nosotros” que habita determinada urbanización:

Mis sobrinitos viven en el extranjero [en Corea], cuando venían, mi hermana siempre tenía mucho miedo porque la señora que pasaba por la casa para recoger el reciclaje siempre los saludaba, incluso les daba la mano, sólo le faltaba darles un pico pues; entonces, uno de los niños fue cogiendo mucha familiaridad con la señora de la basura, también con el celador, en fin, eran miles de situaciones que no eran seguras [...]. En cambio aquí [en la unidad cerrada], los niños tienen la piscina y los juegos aquí adentro, y siempre hay un portero que sabemos que si el niño sale disparado para afuera, pues lo para (Bioenergética, 30 años).

La unidad cerrada está asociada también a la independencia. La falta de relación entre vecinos aparece como algo ventajoso y deseable, prima el individualismo en oposición al modo de vida barrial, o de vecindad:

Vivir en unidad cerrada es mucho más fácil, por ejemplo, no hay bulla [...] los apartamentos no están pegados, ni el vecino del frente está miran-

do uno que hizo o qué no hizo [...] la gente no tiene por qué meterse, ni opinar, entonces, aquí soy yo con mis cosas y punto. Yo me conozco con la señora del frente porque me la encuentro máximo dos veces al mes ¿si me entendés? (Administrador de Negocios, 36 años).

En el momento de explicar la decisión de mudarse a El Poblado y específicamente a una unidad cerrada aparece de manera contundente la seguridad. Sin embargo, se perfilan otras razones que aluden a asuntos de la distinción social, de estatus y de clase:

Nos pasamos a vivir a El Poblado porque el barrio donde vivíamos se estaba dañando mucho. Yo vivía por Calazans y empezó a llegar gente supremamente maluca, gente que, sinceramente, no sé de dónde se conseguía la plata para vivir ahí. Entonces, constantemente había fiestas en la calle, se sentaban afuera a tomar aguardiente, a hacer ¡marranadas!, con unas fachas... En fin, no era pues la gente de siempre del barrio, igual la gente tiene derecho a vivir allí, acá o allá, pero [...] (Abogada, 40 años).

Conclusiones

El sector de El Poblado, de donde vive la clase alta de Medellín, fue transformándose a lo largo del siglo XX y se convirtió en el primordial foco de vivienda y comercio de la ciudad, a manera de centro alterno. Estos cambios, producto de transformaciones sociales, económicas y políticas propias de la historia de la ciudad, han traído fuertes representaciones en el imaginario de sus

habitantes, en las maneras de habitar la ciudad y en las relaciones con los demás ciudadanos, a la vez que conforman nuevas concepciones sobre qué se considera “lo mejor”, lo “exclusivo”, y lo “más agradable” para vivir.

Para sus habitantes, y quienes desean vivir allí, la concentración de servicios se percibe como una ventaja deseada y anhelada para la vida cotidiana, así como evitar desplazamientos a otros barrios de la ciudad, aunque no sean espacialmente distantes. Este lugar autoabastecido, donde el contacto con los demás ciudadanos se disminuye, constituye el ideal de vida en la ciudad. Esta idea se ve reforzada por el modelo habitacional de la urbanización cerrada, donde se ha favorecido el uso privado de los espacios.

En este tipo de vivienda se encuentran, en su mayoría, una serie de servicios extra concentrados, como gimnasio, zona húmeda, algunos servicios de domicilio a los apartamentos, etc. La idea de seguridad y la sensación de aislamiento que representan las rejas y las porterías son otras características que priman en este modelo. La unidad cerrada conforma unas relaciones sociales específicas que aluden más a un estilo de vida individual que a una vida barrial, donde predomina el contacto con el otro. En los conjuntos cerrados la separación con respecto a los “otros”, a los demás, que pasa por el discurso de la seguridad, pero de igual forma por el estatus, es un punto central al momento de elegir el lugar de residencia.

La idea de individualidad, ligada al deseo del anonimato, muy presente en el ideal moderno de las ciudades, se fortalece en este tipo de residencia, junto a los referentes universales urbanos de privacidad e independencia; sin embargo, esta nueva forma de vida resquebraja muchas veces, o incluso impide, las sociabilidades entre vecinos y demás habitantes de la ciudad, especialmente con aquellos considerados socialmente alejados. Es esta una vida individualista que tiene impacto en los estilos de vida, en la manera de ocupar el espacio, en la mirada hacia el otro.

Cuestionar estas configuraciones de segregación socio-espacial, a veces poco evidentes, quizá incorporadas y “naturalizadas”, permite al menos una reflexión sobre prácticas cotidianas excluyentes, necesaria si buscamos alternativas de ciudad más equitativas e incluyentes.

Referencias

- Alcaldía de Medellín, Empresa de Desarrollo Urbano –EDU– (2005). *Plan especial de ordenamiento para El Poblado*. Disponible en: http://www.edu.gov.co/index.php?option=com_content&view=article&id=287&Itemid=105&limitstart=1. Fecha de consulta: septiembre 6 de 2009.
- Alcaldía de Medellín (2006). “*Acuerdo Municipal No. 46 de 2006. Plan de Ordenamiento Territorial*”. Medellín: Municipio de Medellín Disponible

- en: http://www.medellin.gov.co/alcaldia/jsp/modulos/P_ciudad/obj/pdf/ACUERDO%2046%20DE%202006_para_pdf.pdf. Fecha de consulta: septiembre 5 de 2009.
- Arango, Gilberto; Peláez, Pedro Pablo y Wolf Glida (1997). *Los cambios en la vivienda. Discursos y percepciones*. Bogotá: Imprenta Universidad Nacional.
- Botero, Fernando (1996.) *Medellín 1890-1950. Historia urbana y juego de intereses*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Bourdieu, Pierre (2000). *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.
- Escobar, Claudia Patricia y Sanín, Paula (2007). *De territorio de la élite a enclave heterogéneo. Transformaciones sociales en El Poblado* (Tesis para optar el título de antropólogas). Medellín: Universidad de Antioquia.
- González, Luis Fernando (2005). *Dinámica inmobiliaria y forma urbana. Caso de estudio: "El Tesoro"* (Tesis para optar el título de arquitecto). Bogotá: Universidad Nacional.
- Low, Setha M. (1996). The anthropology of cities: imagining and theorizing the city. *Annual Review Anthropology* 25(38), 383-409.
- Low, Setha M. (2001). The edge and the center: gated communities and the discourse of urban fear. *American Anthropologist*, 103(1), 45-58.
- Naranjo, Gloria y Villa Martha Inés (1997.) *Entre luces y sombras*. Medellín: Corporación Región.
- Oropeza, Mariano (2004). Un barrio a la carta. Un ensayo sobre estilos de vida y ciudad. *Estudios Sociológicos de El Colegio de México*, XXII(03), 701-718. *Revista Propiedades*. Disponible en: www.propiedades.com.co. Fecha de consulta: septiembre 5 de 2009.
- Svampa, Maristella (2001). *Los que ganaron. La vida en los countries y barrios privados*. Buenos Aires: Editorial Biblos.